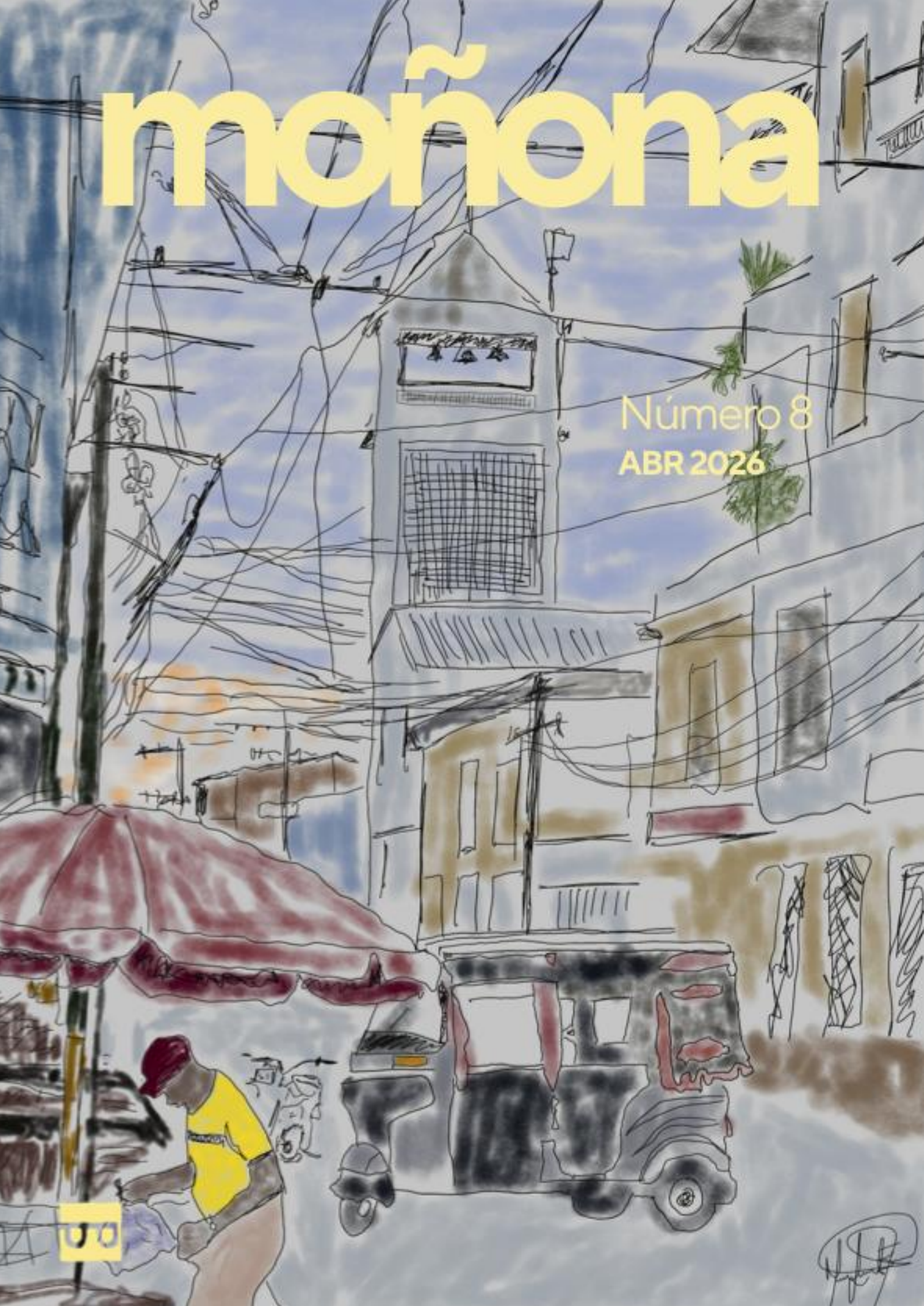
moñona



Número 8

ABR 2026

Palurda
Palestra

Portada

Alejandro Bastidas

Equipo editorial

Alejandro Bastidas
Juan Pablo Vergara-Marín
Gabriel Borja

Escritores

Eddy Araque
Camila Sánchez Noreña
María Lucía Sarmiento
Santiago Aguilar
María Rabuffetti
Juan Pablo Vergara-Marín

Ilustraciones

Gabriel Borja (123 / 911 / 112)
Juan Pablo Vergara (Momias; Mecánica de fluidos)
Alejandro Bastidas (Nota Editorial; Navegar la memoria;
Mariposas negras; Secuestraron la clave (2820))

Editorial Palurda Palestra
Moñona número 8
Derechos sin proteger
No hay plata para el **ISBN**
Edición Alejandro Bastidas & Juan Pablo Vergara-Marín
Diagramación Sofia Portela González
Publicado **abril 2026**

Contenido

Nota editorial I **Equipo Editorial** 4

Mecánica de fluidos I Eddy **Araque** 7

Navegar la memoria I Camila **Sánchez Noreña** 11

Mariposas negras I Maria Lucía **Sarmiento** 14

123 / 911 / 112 I Santiago **Aguilar** 17

Momias I María **Rabuffetti** 20

Secuestraron a la clave (2820) I Juan Pablo **Vergara-Marín** 28

Nota editorial

■■■

Días atrás, en una cena, Alejandro se vió envuelto en una conversación incómoda. Cuatro de seis personas hablando de 'inteligencia artificial', de sus ventajas para automatizar procesos, para facilitar el trabajo creativo, para hacer más fácil la vida. Nuestro compañero se sintió abrazado por la locura, o vio la locura en los otros. Sin más que hacer, acudió a la pregunta, a la estupidez natural: ¿cómo entregarle la creatividad a un compilador de información? Será que los locos somos nosotros. Será que los locos son ellos. ¿Hasta dónde ceder la naturaleza orgánica de nuestras ideas? No entendemos el acento de esos comensales que, en su lectura de la actualidad, no veían con preocupación el retroceso del potencial humano. Para nosotros es una derrota, una derrota para la humanidad, ¿se trata de diferencias culturales antes que políticas? ¿Cómo puede hacerse viable hoy ese potencial, tan necesario para la liberación? ¿Qué es lo que hoy ocupa realmente el lugar del sujeto creativo? Es profundamente necesario reconocer que el sujeto, en su individualidad, en su fuerza laboral y en las formas de sublevación, ha cambiado totalmente. Aún así, decidimos publicar esta moñona porque reclamamos una vez más una forma de subjetivación que va desapareciendo del panorama para algunos: la escritura humana. Estamos locos y habitamos esta locura con máxima cordura: recordar que podemos tener ideas y reproducirlas con nuestras propias manos. Persistimos en medio de ciclos internacionales de lucha que impulsan el desarrollo de las instituciones del capital.

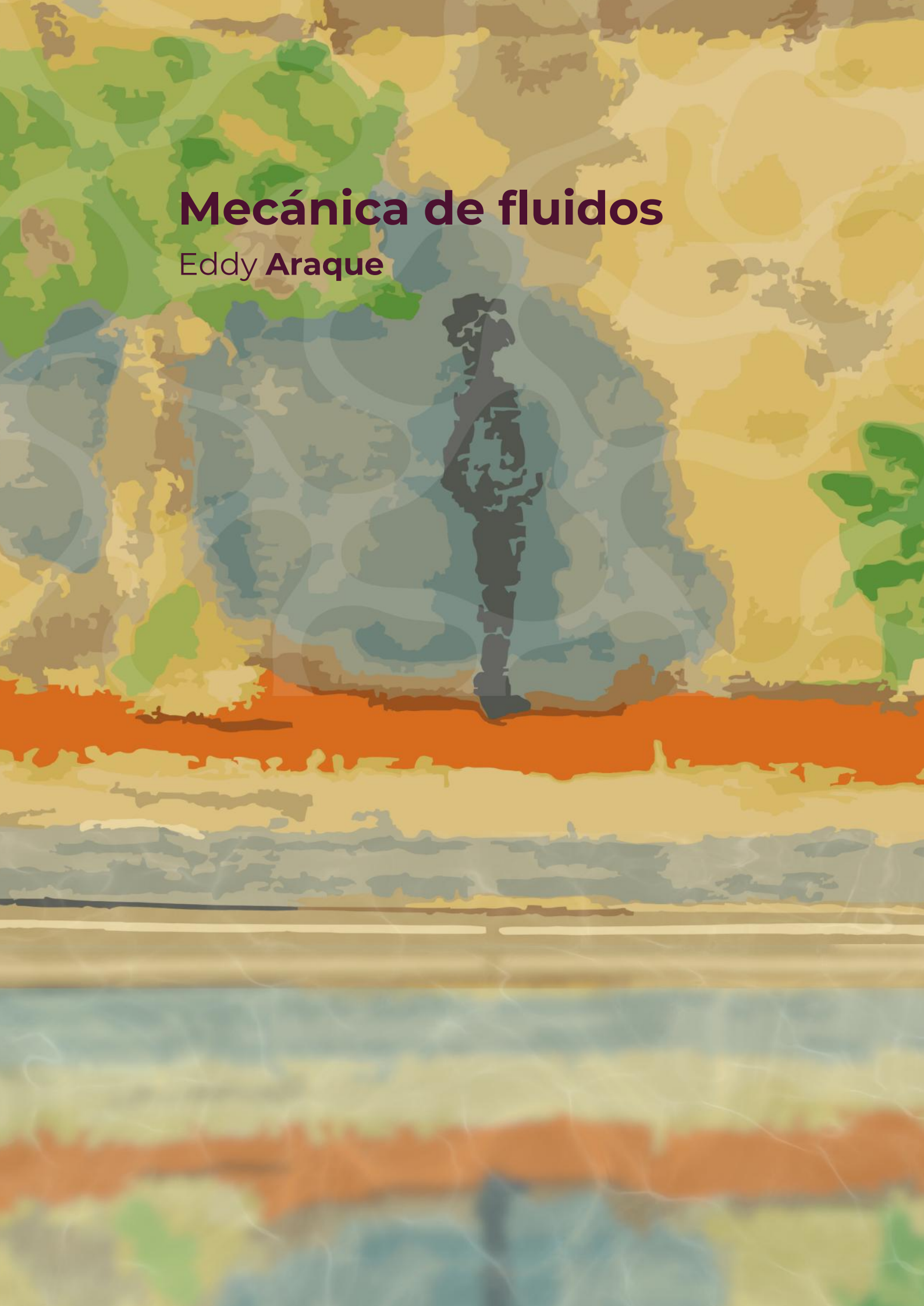
Reclamamos entonces —y nos tomamos la libertad de hacerlo en esta nota editorial— la necesidad del pensamiento lento, de las demostraciones de creatividad, de la experiencia viva de las labores

escritas e historizadas, como potencialidad material y realidad desnuda. Persistimos, gracias al incontenible deseo humano, a la relación necesaria entre la realidad y la capacidad nuestra, muy nuestra, de contarla. Por eso mismo, damos las gracias a quienes participan de este octavo número. Aquí encontramos textos que ficcionan las amistades facilitadas por el encuentro alrededor de la música; que nos acercan a la memoria como juguetona amiga del tiempo y de los hechos; un texto que nos lleva a la descripción incontrolable y dispersa de la materialidad de la muerte; una narración sobre mariposas y golpes que se esperan para ritualizar la hombría; y un deseo contenido, de orilla grande, de náufragos en lo pandito. Por lo mismo recordamos hoy a quienes nos leen, retomando las palabras de Michel Foucault: Así como la locura puede residir en la razón, y la muerte en la salud, nuestra subjetividad puede no ser un interior inviolable, sino un pliegue del afuera. Hoy es más que necesario comprender el significado de 'sin razón'. Esa es la invitación de éste número. Siga, siéntese y disfrute nuestra octava moñona.

Equipo Editorial

Mecánica de fluidos

Eddy **Araque**



■■■

Todo para que Marco Polo pudiese explicar o imaginar que explicaba o que Kublai hubiese imaginado que explicaba o conseguir por último explicarse a sí mismo que aquello que buscaba era siempre algo que estaba delante de él
Italo Calvino

1. Dicen que se le pueden pedir deseos al agua, ojalá mientras se la toma.
2. Puede ser simple y llana agua recogida en un vaso o en una cuenca hecha con las manos.
3. No importa si es tratada, de la llave, con gas, con dulce, hervida, hecha un americano, una cerveza, leche, jugo, vino.
4. A pesar de la densidad relativa el agua sigue siendo agua.
5. Aunque salga de una naranja o de un ser humano.
6. La boca intercede en calidad de sonido y fuerza: ambas físicas.
7. Cuando se mueven los labios se aferran a superficies imaginarias para suspender el movimiento (antes de moverse son un ojo que se despierta).
8. No se puede hablar y beber al mismo tiempo, tampoco hablar y comer (con contadas y desagradables excepciones).
9. Las plantas y los animales son a base de agua, inician su vida en estado líquido.
10. Si decides desear a través del agua transfigurada, debes pensar (mientras comes o bebes) en las palabras que nombren tu deseo.
11. Difícilmente vale un deseo sin nombre.

12. Funciona con un rango de cumplimiento circunstancial: encontrarse con alguien, experimentar una sensación, llegar bien a la casa, cumplir un antojo.
13. Los milagrosos usan su voz y sus palabras para pedir su deseo, tienen la voz de la música.
14. Debes pensar en las bodas de Caná, Jesús le habló en secreto al agua.
15. La cualidad de su deseo es ambigua, sin beneficio personal o coincidencia.
16. Se documentó como su primer milagro.
17. Desea mientras deglutes.
18. Si existe la suficiente iluminación, podría pensar en todos los estados del agua, pero es demorado pedirle deseos al hielo.
19. A menos que lo aprietes dentro de tus manos, aunque eso contaría como aceleracionismo.
20. En ese caso, sería importante reunir a varias personas con hielo en las manos y hacer que todas pidan al mismo tiempo el colapso del neoliberalismo.
21. El agua es la base de todos los fluidos, la sangre y la savia tienen adentro todos los deseos de Dios.
22. Así como la pintura.
23. Para los escépticos digamos que solo las que son a base de agua.
24. En cualquier caso, todos los componentes tienen origen en la agricultura, o sea, son acuáticos.
25. El deseo del futuro tiene forma de sistemas de riego y acueductos.
26. Un deseo es el conocimiento del tiempo, lavar y tallar el pensamiento en distintas aguas de un mismo río hasta conocer su carne.

27. Hay trabajo con las manos, eventualmente se involucran los ojos y el resto del cuerpo.
28. Primero te hundes y después averiguas cómo flotar.
29. Pedirle un deseo al agua es pedirle que se deje ver (para aprender a leerla).
30. Le pasa a la gente que puede saber cuándo va a llover.
31. Debo aclarar que recibí toda esta información de una mujer borracha.
32. Su deseo (cumplido) era estar en el momento correcto a la hora correcta con las palabras correctas.
33. Borracha en todas las intersecciones.
34. Piensa en el agua tibia que transforma la levadura para que en su estado expandido cumpla (transforme) todos los deseos.
35. Pídele al agua de un nacimiento que te bautice ¿por tu luz, renuncias a la sed?
36. El agua cumple el deseo de saciedad.
37. Alrededor del agua, y en oposición a ella, se cumplen los deseos de las ciudades.
38. Como en Isadora, los deseos son ya recuerdos.
39. Se acude al agua para preguntar ¿volveré alguna vez al presente?
40. Un deseo se cumple cuando lo ahogas.
41. El deseo del agua es el deseo de su reflejo.
42. Al verte en ella conocerás tu deseo realizado.

Navegar la memoria

Camila **Sánchez Noreña**

■■■

Iba siendo hora de plancharse la piel. Así de arrugada se veía diferente y se le desaparecía la niña que fue entre tantos pliegues. Para no desvanecerse le contaba a sus nietas historias de otra época, de cuando estuvo internada en un colegio de señoritas en Bogotá:

—Hubo una ocasión en que fuimos a una salida escolar en el tren de la sabana y yo me bajé en la estación que no era. Recuerdo despedirme de mis compañeros cuando arrancaron y a las monjas gritarme por la ventana. Una locura, yo odiaba ser interna…

Sus ojos se perdían en el pasado y el distraído cuerpo levantaba la taza de té para llevarla a los labios, hasta que el dolor insoportable de la artritis le pedía usar las dos manos y la traía de regreso al presente.

Se imaginaba siendo otra, un animal que ocultara su vejez, de pronto un cangrejo o una tortuga, incluso un pájaro que perdiera el color de su plumaje pero que pudiera seguir volando.

Pasaba horas mirando sus peces. A ellos nadie les reclama que no recuerden dónde están.

“Salir sola es peligroso” le decía su hijo y después de las últimas caídas o de las ocasiones en las que se había sentido perdida estaba de acuerdo; desde entonces deambulaba en su propia pecera, olvidando a qué se había parado cuando llegaba a la cocina. Cómo uno de sus peces, pero con más culpa y miedo.

La solución se le presentó un día que su nuera le llevó una mojarra frita para el almuerzo. Se le tatuó más allá de la memoria, como la obviedad de ser vieja, como la capacidad de reconocerse en el espejo a pesar de no reconocer a nadie más, pues confundía a sus nietas con sus hermanas difuntas y a sus hijos con su esposo muerto. Así, se le quedó la impresión de que podía hacer algo para cambiar su situación y se aferró a ella.

Pidió un domicilio, algo que nunca había hecho. Le preguntó el número al portero, quien sorprendido por su repentina solicitud hizo la búsqueda en internet.

Llamó temprano y aunque le sudaban las manos, a la persona al otro lado del teléfono le parecía más raro que hiciera el encargo por teléfono, y no por aplicación, más que el pedido mismo. Llegaría al otro día.

Con todos sus materiales listos, la mujer se sentía eufórica por primera vez desde que había cumplido ochenta y se había vuelto prisionera de su cuerpo. Cuerpo que había tomado control sobre la mente.

Instaló la enorme pecera, abrió el atún de metro y medio, le desterró los órganos dejando la piel intacta y se vistió con ella. Ese día por fin navegó libre.

Mariposas negras

María Lucía **Sarmiento**

■■■

“Sea un hombre y mátela”. Pero ese enclenque, que se hacía llamar su hijo, tenía el rostro verde mientras miraba a la criatura del infierno. Por fin tomó la matamosca y aplastó a la bestia disfrazada de mariposa. Su cuerpo cayó aplanado de la pared, ensuciando con sus alas malditas las pulcras baldosas de ajedrez.

El tonto tenía los ojos cubiertos de una capa fina de lágrimas, sin embargo, no se echó a llorar como antes lo hacía. Ese era un avance, lo último que quería era que su heredero fuese un afeminado. Desde que lo vio trenzando el cabello de sus hermanas sabía que debía forjar de él un hombre. Ya que no estaba Inés (que Dios la tuviese en su gloria) estaba libre de erradicar esos comportamientos tan…indecentes.

“Si a la próxima me toca presionarlo como hoy, lo mando a prestar servicio”. Le dio un empujón para que no estorbara en el camino, tenía que ir a ver el ganado.

“Solo era una mariposa” murmuró, con la voz propia de una señorita. Eso lo hizo girarse, sentía la rabia palpitarle en las sienes, ¿acaso se podía ser más estúpido?

“Una enviada de la muerte, el día que su mamá murió, una de esas estaba en la pieza. Más bien llame a Helena para que recoja eso, y usted vaya a donde los cerdos”.

Pero el enemigo seguía enviando aquellas criaturas infernales, que desfilaban sus alas negras en la sala, en el baño, en la cocina. A todas las perseguía con su arma, la mejor aliada que tenía en el momento. ¡Las malditas querían adueñarse de la casa! Pero no lo iba a permitir. Por eso las aplastaba, escuchando con placer el crujido de sus cuerpos bajo el plástico de mata mosca.

Sin embargo, no podía encargarse él solo de eso, así que llamaba a Juan Francisco para que lo hiciera. Así era que se formaba un varón de verdad, esperaba que, iniciando con esos insectos, pudiese luego degollar a los cerdos o las gallinas sin desmayarse en el acto.

“Papá, el desayuno ya está listo” le anunció su hija, asomándose por la puerta de su cuarto.

“Me lo calienta ahorita, voy a buscar a esas malditas.” Agarró el matamoscas del mango, cuyo tacto ya le era familiar.

Caminó por el pasillo, bajó a la sala, entró al comedor. Su mirada recorría todos los rincones, en busca de esas alas que tenían a la noche en sus escamas. Pero no las vio; no había rastro de sus enemigas, una dicha le inundó el pecho, una especie de felicidad que le relajaba los músculos de la espalda.

Ni siquiera los huevos salados que preparó su hija lo hicieron enfurecer. Pero lo que no pasó por alto fue ver que Juan Francisco no estaba donde los cerdos. ¡Se había quedado dormido el condenado! ¡La pereza lo tenía jodido! Subió las escaleras hacia su cuarto, dando pisotones fuertes para que se despertara.

En su garganta tenía el grito con su nombre, pero enmudeció al ver a Helena de rodillas frente a la pieza de Juan Francisco.

“¡Ay! ¡Papá…!” las lágrimas le ahogaron las palabras. Don Francisco ya había visto los pies de su hijo colgando en el aire, y a la mariposa negra posada sobre su dedo gordo.

123 / 911 / 112

Santiago **Aguilar**

Me sentí con gripa entonces fui a urgencias
pálido
como desnutrido
sin chispa
la doctora me dijo que estaba falto de vida,
dizque con la tensión derrotada.

El único remedio que lo va a salvar a usted es la muerte
eutanasia
express
sin sufrimiento
entrar y ya no salir
cómo quedarse dormido

pero sin soñar
sin mañana.

Si es budista de pronto se despierta hecho un cusumbo
un monarca
una mosca
un lulo lleno de pelos
no hay nada seguro

tal vez solo la muerte.

Pero yo no sé para qué me voy a morir
si llevo años escuchando que la vida es una fiesta
que muchas gracias
que cómo así qué me quiero morir

que si me dan ganas de morir
mejor me compro una matera con rueditas
siembro una palma
y espero a que me caiga un
c
o
c
o en la cabeza.

Momias

María **Rabuffetti**

■■■

اِلَّا مَنۡ تَابَ وَ اٰمَنَ وَ عَمِلَ صَالِحًا فَاُولٰٓئِکَ یَدۡخُلُوۡنَ الۡجَنَّۃَ وَ لَا یُظۡلَمُوۡنَ شَیۡئًا ﴿۶۱﴾

[Entrarán] a los Jardines del Edén, prometidos por el Compasivo a Sus siervos [en las revelaciones] de lo oculto. Su promesa será cumplida.

—Corán, 19:61

Llegaron un sábado, aunque ninguno recordaba después la fecha exacta. Esa imprecisión les acompañaría siempre, como si el pueblo hubiera decidido borrar las marcas del calendario para que la visita no pudiera situarse en un antes y un después, sino que se volviera un presente continuo, un presente que aún no terminaba de pasar. El bus les dejó en la plaza y desde allí subieron aquel camino empinado, como todo en ese pueblo que se trepa por la cordillera para mirarlo todo desde lejos, de modo que las piernas les ardían antes de llegar a la mitad y la respiración se les volvía un sonido incómodo en medio del silencio de las casas cerradas. Nadie salió a recibirlos, eso también fue preparado, resulta que el cementerio está en lo más alto, como debe ser, porque los muertos miran el valle y los vivos se cansan antes de llegar al lugar de reposo sagrado.

Cuando por fin alcanzaron la entrada, se detuvieron sin decirlo, observando la fachada modesta, blanca, con una puerta de hierro negro que no estaba cerrada con llave, como si allí dentro no hubiera nada que proteger ni nada que esconder. Alguien, en algún momento, había pintado el nombre del pueblo sobre el dintel, pero las letras se estaban desdibujando, así que se miraron y entraron

sin más. El aire era otro, más quieto, el tiempo se había sentado a esperar: no se escuchaban el viento ni los pájaros, sólo sus propios pasos en las baldosas, pronto también se hicieron más lentos. El lugar les estaba enseñando a moverse de otra manera. No es un museo, aunque lo parezca. Tiene vitrinas, iluminación dirigida, un recorrido marcado con escaleras y señales. Falta algo que tienen los museos, o sobra algo que ellos no tienen, y eso que falta o que sobra tal vez es el olor, o la luz que no llega del todo, o el hecho de que los cuerpos no están ahí para ser vistos sino para ser respetados. Se nota en cuanto uno se acerca: los vidrios oscuros, hay que inclinarse mucho para ver bien. Al inclinarse la espalda se dobla, la nuca queda expuesta, el cuerpo hace una reverencia sin que se haya decidido. Te das cuenta de que estás arrodillado antes de saber por qué.

Comenzaron a recorrer las vitrinas en silencio. Uno tras otro, vieron los cuerpos alineados en nichos: la piel era seca, de un marrón terroso, adherida al hueso, cuero curtido por las condiciones de la tierra, en vez de devolverlos los fue momificando lentamente. Algunos llevaban harapos pegados a lo que fue carne, otros yacían envueltos en mantas de lana gruesa ya carcomidas, casi todos tenían una cruz pequeña encima o al costado, como si hubiera algo que bendecir. Murieron hace décadas, les explicaron después. Eran campesinos que enterraron en el cementerio viejo, allá abajo, en tierra suelta, sin bóvedas. Pero el río se desbordaba, las tumbas se inundaban, y el agua los iba desenterrando, devolviéndolos a la superficie podridos y llenos de barro, hasta que un día los subieron. Cuando exhumaron, algunos cuerpos no se habían ido; seguían ahí con la misma cara con que los bajaron, los ojos hundidos mirando desde adentro, los labios pegados

mostrando los dientes en una mueca fija. Eso fue hace muchos años, desde entonces ellos son lo que el pueblo cuenta de sí mismo; la memoria abierta, los muertos que no se dejan olvidar porque el agua no pudo llevárselos del todo.

Pensaron en eso mientras caminaban, en tierra que no los aceptaba, que los devolvía. Les dijeron que algunos cuerpos no se descomponen por la altura, por el frío seco de la cordillera, por algo en el aire que detiene el tiempo. No les pareció suficiente: algo más tenía que haber, algo que la ciencia no alcanzara a nombrar.

Hay un cuerpo que se detiene más que los otros. Lo encontraron casi al final del recorrido, después de pasar junto a mujeres con vestidos de flores, de hombres con las manos cruzadas sobre el pecho, junto a un niño pequeño que aún conservaba sus rizos pegados al cráneo. Está en un nicho que se distingue si uno se acerca. Nadie recuerda bien su nombre: lo leyeron en algún cartel, tal vez se lo contaron en voz baja, pero se borró, o tal vez prefieren no recordarlo. Lo que sí se ve es el torso: una incisión larga, de arriba abajo, que corta la piel oscura como una grieta seca, porque alguien le hizo eso en la ciudad cuando murió. Murió allá, de manera violenta, hace unos veinte años, quizás más, pero él era de este pueblo, nació aquí, y aunque se fue joven porque quería hacer cosas que aquí no se podían, no volvió hasta que lo trajeron.

Se quedaron frente a él más tiempo del que habían planeado, mientras lo miraban uno de ellos notó que la luz de la vitrina temblaba ligeramente, como si la corriente no llegara bien hasta allí; otro pensó en la madre, en el momento en que le entregaron el cuerpo en la ciudad, en lo que habrá visto cuando destaparon la

caja; y otra no pensó nada, solo sintió un peso en el pecho, una presión que no sabía si era respeto o miedo o algo que no tenía nombre. Su familia lo enterró en el cementerio nuevo, allá arriba, años después, exhumado, su cuerpo no se había descompuesto. Igual que los campesinos viejos, igual que los que nunca se fueron. Pero él no era un campesino, no vivió aquí su vida adulta, no murió en su tierra, y sin embargo la tierra lo reconoció, lo conservó, lo devolvió entero.

Sobre su pecho abierto, encima de la tela que le cubre, hay un crucifijo pequeño, y ese detalle es tan mínimo que casi no se ve, pero está, puesto ahí por alguien: la madre, tal vez, o una hermana, o alguien que dijo “aunque esté así, aunque lo hayan abierto, aunque no sepa cómo nombrar esto, te pongo esto para que sepas que eres tú”. Y ese pequeño objeto les quedó dando vueltas en la cabeza porque los otros cuerpos también lo tienen, pero en él parece decir algo distinto: en los campesinos viejos es la continuación de una vida que ya tenía ese símbolo, la prolongación de un mundo donde la muerte se recibe en casa, entre los suyos. En él es otra cosa, es un intento, es alguien que dice aunque te fuiste, aunque te mataron lejos, aunque tu cuerpo esté abierto, sigues siendo nuestro, te ponemos esto para que te quedes. Entonces él se quedó: ahora está ahí, detrás de un vidrio, con la línea que le trazaron en la ciudad marcándole el pecho para siempre.

Les explicaron que la exhibición depende de la familia, que algunas familias autorizan y otras no, que algunas vienen a rezar como si estuvieran en un cementerio cualquiera, prenden una vela, murmuran algo y se van. Mientras,otras no pueden porque para ellas ver a su familiar expuesto en una urna es demasiado. Les

dijeron que en el caso de él, la familia todavía no termina de asimilarlo, y ninguna supo bien qué significaba eso: si era dolor, si era orgullo, si era no saber qué hacer con un cuerpo que se niega a desaparecer y que además se ha convertido en algo que extraños vienen a mirar. Ellos lo miraron. Se inclinaron frente a él. Escribieron sobre él. Esa es otra capa que no termina de cerrarse, porque ellos también hicieron algo con su cuerpo, lo convirtieron en un caso, en un ejemplo, en páginas de un trabajo, lo miraron desde afuera y lo encajaron en categorías. Pero en ese lugar, de pie frente a su urna, nada de eso existía: solo estaba él, con la boca cerrada, los párpados hundidos, la herida abierta y la cruz sobre el pecho, y ellos inclinados, sin saber bien por qué.

Cuando salieron, el sol se había corrido hacia el otro lado de la cordillera y las sombras alargaban las vitrinas, así que el aire fresco les golpeó la cara y respiraron hondo, como quien vuelve a la superficie después de estar sumergido. Alguien dijo entonces: "parece que ellos todavía están aquí", y aunque no supo explicarlo, todos entendieron, porque no es que los muertos hablen, sino que su presencia no es pasado, es algo que sigue pasando. En ese pueblo aprendieron que la muerte no es un cierre, es una forma de permanencia, y esa permanencia tiene reglas: quién se queda, quién se va, quién decide y con qué derecho. La cruz da el marco, pero la decisión es de la memoria: se expone lo que duele pero hay que mostrar, lo que no se puede dejar bajo tierra porque la tierra misma lo devuelve. Y él está ahí, y no se sabe si es por orgullo o por no saber qué más hacer con él. Tal vez las dos cosas, tal vez lo único que una familia puede hacer cuando la muerte viene mal y el cuerpo no se va es ponerlo en una vitrina, ponerle un símbolo encima y dejar que otros se inclinen.

Volvieron cuando ya oscurecía y por la ventana del bus vieron los cerros, los cultivos, el río y pensaron en él, en su pecho abierto, en el pequeño objeto, en su madre, tal vez, decidiendo que lo exhumarán años después, abriendo la urna, viéndolo ahí entero. Nadie supo qué habrá sentido, no se sabe si era alivio o terror o una cosa mezclada que no tiene nombre. El bus tomó la curva que bordea el valle y el pueblo quedó atrás, en lo alto, con sus muertos mirando hacia abajo, esperando quién sabe qué. Llevaban la imagen del pecho abierto y la cruz minúscula, supieron que esa imagen no se iba a borrar, que volvería en la noche, en los días siguientes, en cualquier momento en que la memoria decidiera que aún no había terminado con ellos. Nadie habló hasta que llegaron a la ciudad, y cuando hablaron fue para decir cosas que no tenían que ver con lo que habían visto, porque lo que habían visto no se podía decir todavía: había que esperar, había que dejar que las palabras llegaran solas, con el tiempo, si es que llegaban, porque algunas nunca llegan. Quizá llegan cuando ya no las estás esperando, y entonces entran sin avisar y te cambian.

Secuestraron a la clave (2820)

Juan Pablo **Vergara-Marín**

■■■

2820 – Nicolás Dragón

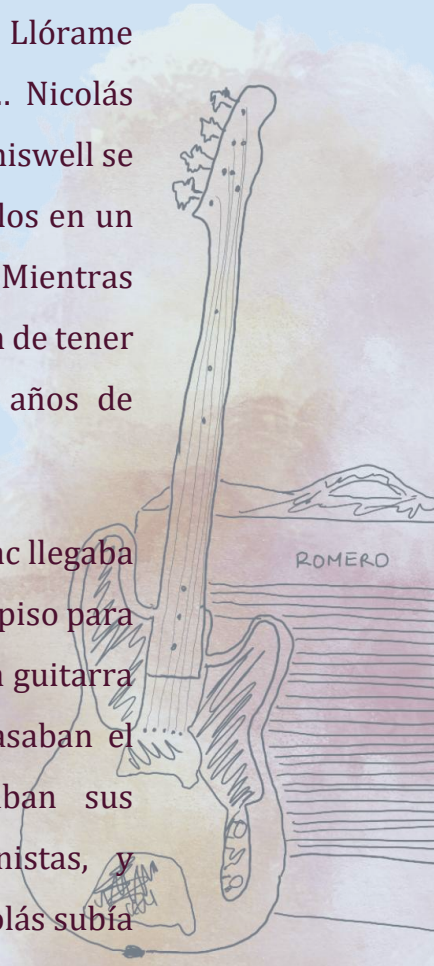
¿Qué te dice el tiempo?

¿Qué cura te ha prometido?

¿Hasta dónde llegarás con él?

Al cabo de unos meses Isaac podía replicar melodías en el piano sin tener que atinarle a una tonalidad relativa. Se sorprendía por su habilidad adquirida, creía que era fundamental la suerte en la vida del músico. Para él, los artistas eran las personas más afortunadas del mundo. Sin darse cuenta, llevaba un par de horas sentado, jugando con algunas notas y alargándolas con el pedal, prestaba mucha atención para poder saber cuánto se demoraba una cuerda endejar de producir un sonido, se quedaba quieto pensando en esa fortuna, en si la vida lo habría hecho músico. Dios había hecho artistas a los pájaros, que cantan y no se cansan, y saben qué cantar. Hasta Dios los hizo volar. Los músicos -pensaba Isaac- también podían volar. En clase hacía de su pupitre un teclado, la superficie de aserrín comprimido la dividía en marfiles imaginarios, y se elevaba como los artistas haciendo que el extremo izquierdo sonara grave y el derecho agudo, algunas manchas de madera hacían de semitonos. Nicolás Dragón, sentado detrás suyo por la disposición alfabética del aula, lo miraba con curiosidad y hasta le acompañaba con una percusión débil en el aire, lo tomaba de la mano con buenas tristezas. En la cafetería organizaban su itinerario de dueto famoso, trazando posibles recorridos en Europa luego de alcanzar el estrellato, dividían ganancias inexistentes y hasta se

reconciliaban por discusiones que no ocurrirían hasta veinte años después. Volaban por vidas no ocurridas. Veinte años era un número gigante. Veinte años seguro no alcanzaban para una promesa pequeña. Todos los días se encontraban al salir de clase y caminaban juntos, planeaban el orden de su discografía y se sentaban en el parque vertical para dar nombre a algunos discos; Hombre Río; Ojos de Canicas; Muerte del Señor Ramírez; Llórame Mar del Plata; Ventisca; Boludosos; Ácido de Baterías… Nicolás Dragón diseñaba las portadas con tiza en el suelo, Isaac Chiswell se encargaba de reproducirlos en casa, darles color y llevarlos en un cuaderno que ponía en la portada 'Dragón & Chiswell'. Mientras pasaban los veinte años, ambos muchachos se encargarían de tener tanta discografía como veinte años de espera, veinte años de música en el aire.



Los fines de semana se veían en la casa de los Dragón, Isaac llegaba a la hora del desayuno el sábado, luego subían al segundo piso para encerrarse en el estudio, poner algunos discos, ensayar la guitarra y el teclado Yamaha de cable corto, se turnaban, se pasaban el cuaderno y rayaban contratos millonarios, practicaban sus autógrafos, y hacían retratos de payeros, acordeonistas, y orquestas puertorriqueñas. Por la noche la madre de Nicolás subía con dos tazas de café con leche y una espolvoreada de medicina para dormir, con la esperanza de poner fin a las sesiones de estudio. Despertaban temprano los domingos y salían a las calles vacías para ver si podían coincidir con alguna tropa amanecida de algún concierto clandestino. Regresaban a tiempo para el desayuno y para preparar el asado. Isaac llevaba meses escribiendo una canción a espaldas de Nicolás con la esperanza secreta de podérsela obsequiar un día refundido entre los veinte años que tenía para dársela. Así como la suerte los había encontrado para ser músicos,

tocaría de nuevo la puerta para que él pudiera regalarle el tema. Por su parte Nicolás sentía que los años se hacían cada vez más grandes, casi que la luz en ciertas ocasiones le pesaba y le era inevitable pedir permiso para irse al baño en la mitad de la clase del Señor Ramírez para sentarse a llorar en los retretes. Él quería viajar, quería ir con Isaac a un lugar de neblina delgada y de levedad.

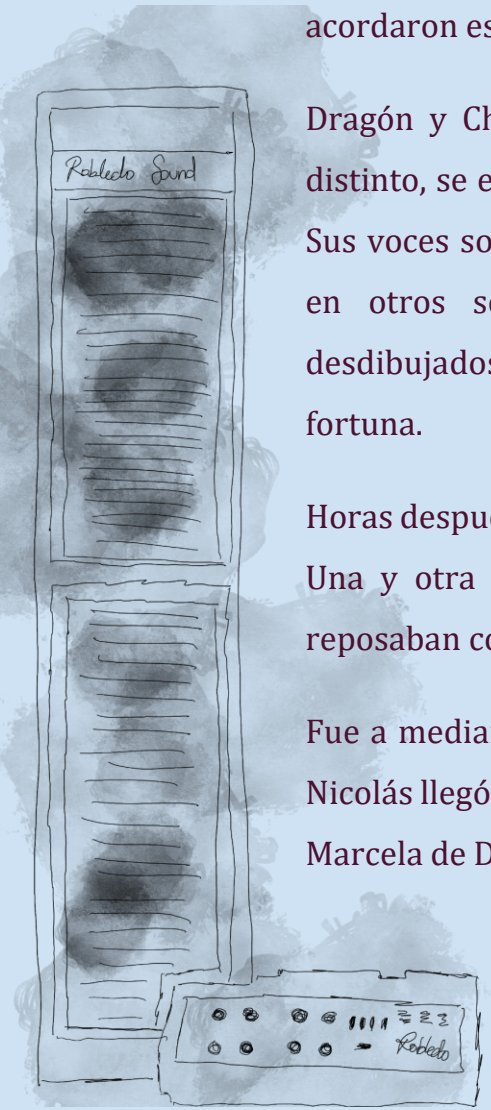
Fue un martes por la tarde cuando Stephen le dijo a Isaac que tendría que quedarse con él los fines de semana, que sería algo temporal pero que a la vez se iría acostumbrando. A Isaac le pesaba la costumbre, no sabía cómo sentirse en ese silencio entre tiempos. No te vayas.

Los Dragón se convirtieron en un hábito moribundo, sin rumbo claro. Su casa se quedaba vacía. Después de sus reuniones en el parque vertical, se despedían e iban cada uno hacia la dirección general de sus hogares.

En la cafetería hablaban de sus padres, de repente eran personajes, y trabajaban, y hacían cosas fuera de casa, y tenían amantes, y llegaban tarde, y discutían en la cocina, y habían vivido más de veinte años, quizá, pronto, iban a vivir tres veces veinte años. Pronto el cuaderno se iba quedando sin hojas en blanco, Nicolás Dragón se ofreció para guardarlo cuando se completara y conseguir uno nuevo. Para Navidad, Stephen le obsequió a Isaac una grabadora con ánimos de que pudiera registrar sus ensayos con Nicolás. Para Navidad, el padre de Nicolás le obsequió un suéter rojo de cuello y mangas blancas. Pronto sus padres se interesaron por la vida de sus hijos, como personajes que iban al colegio, y jugaban en el recreo, y aprendían a separar las palabras por sílabas, y a dividir por dos cifras, y llegaban luego a casa, e inventaban cuanta cosa pudieran mientras no fuera hora de dormir, porque

pronto dejarían de dormir y soñar, porque pronto se acostumbrarían a llenarse de huecos.

La casa de los Dragón olía a guardado, era un bolsillo abierto y se envirutaba de a poquitos. Nicolás no estaba seguro qué pasaría después de las virutas, qué pasaría cuando terminara de deshilar el calcetín, en qué se convertiría todo, si en una gran bola o en muchas, pequeñas, casi interminables pelusas. Era sábado cuando Isaac consiguió escaparse de la casa de Stephen para grabar con Nicolás algo, lo que fuera. Lo necesitaba. Lo necesitaban. Cada uno se sentó en su lugar, con el libro que ponía 'Dragón & Chiswell' en la portada abierto de par en par. Sabían qué cantar y cómo hacerlo, sabían qué partes del instrumento tocar y cuántos silencios dar y así por casi una hora. A Nicolás le sangraban la yema de los dedos, sudaba en la frente y en la espalda. A Isaac se le troncharon los dedos, se sentían incómodos en una posición de descanso. Se dieron un respiro y acordaron escuchar la grabación.



Dragón y Chiswell se dieron cuenta de que sus voces sonaban distinto, se escuchaban por primera vez enclaustrados en la cinta. Sus voces sonaban enclenques, en algunos momentos chillonas, y en otros se estiraba hasta perder la forma. Estaban ahí, desdibujados en el sonido. Estaban los dos y la música, los dos y la fortuna.

Horas después, se habían acostumbrado a la voz del otro en la cinta. Una y otra vez la escuchaban en el estudio. Los instrumentos reposaban contra la pared. Yo te escucho así, tu me escuchas así.

Fue a medianoche, entre el domingo y el sábado, que el padre de Nicolás llegó a casa con la noticia del accidente. Su madre, la señora Marcela de Dragón, se encontraba en el hospital tras haber perdido

la visión en el trabajo. Nicolás le contó a Isaac que la señora Marcela de Dragón había acordado un embrujo con una hechicera; para que su marido volviese a estar enamorado de ella debía encender una vela en la ducha antes de irse a la cama, todos los días por seis meses. Para que funcionara el embrujo, Marcela de Dragón debía ser constante, sin falta encendía un velón en el suelo de la ducha y la dejaba consumirse entera. La semana en la que perdió la visión, olvidó encender el velón por estar en la cama con Nicolás. Ambos se quedaron profundos ojeando el cuaderno que ponía 'Dragón & Chiswell'. La magia hizo de las suyas y le cobró el caramelo de los ojos de Marcela de Dragón mientras estaba en el escritorio. 'Es como si intentaras ver por la boca' respondía cuando Nicolás le preguntaba por el color de la ceguera. –Yo quiero dar mi voz por los ojos de mi madre– decía Nicolás –un músico como yo no necesita cantar. Ya está mi voz en la cinta–.

Fue un viernes que Nicolás no llegó a clase. Fue un sábado que faltó al parque vertical. Fue ese mismo día que Isaac vio a la casa de los Dragón reducida a escombros, cercada por la policía y por el cuerpo de bomberos. Fue el lunes siguiente la misa, y al día siguiente el regreso a la clase del Señor Ramírez. Fue el miércoles que el pupitre dejó de sonar. Fueron otros meses con un silencio como si intentara escuchar con el corazón. Fue hace bastante, pasaron un par de años más.

Cuando Isaac llegó al primer sábado sin Nicolás se encerró en su habitación. Quería contar cuántos segundos duraba una nota de su teclado sostenida por el pedal. Veinte segundos, luego una ausencia deliberada. Con la grabadora en mano, quería contar cuánto duraba la cinta. Casi una hora; cuarenta y siete minutos; dos mil ochocientos veinte segundos. La voz de Nicolás duraba casi una

hora. Casi una hora de cinta. Pero no era la voz de Nicolás, la voz la había cambiado por la visión de su madre, pero ellos ya no estaban, ya no había nada qué cambiar, la voz la cambió por una cinta que duraba casi una hora; cuarenta y siete minutos; dos mil ochocientos veinte segundos. Casi una hora, luego un final abrupto. A veces el final era el ruido que hacía la grabadora al rebobinar la cinta para volver a iniciar. A veces no había principio, toda la voz parecía acompañarlo siempre. La cinta alcanzaba casi una hora. Isaac no sabía cómo estirarla para que llegara a los veinte años. No tenía claro como hacer que no cesara abruptamente, o que por lo menos la grabación se difuminara entre el ambiente, como un murmullo que se queda en la piel.

Bajo el colchón guardaba los papeles en los que reposaba su regalo en letras, tachones, uno que otro dibujo, y una nota al final que leía ‘de Chiswell a Dragón, de músico a músico. Para Nicolás’.

SE ARRIENDA
Columna de opinión, o de lo que usted quiera.
INFORMES
BvB05252007@gmail.com
TEL.: